

El Último Viaje de Enrique Gil

Valentín Carrera

Embajada de España en Berlín, 9 de junio de 2015

Homenaje a Gil y Carrasco en su II Centenario

En la recta final de su vida, habiendo dejado Madrid por última vez sin saberlo, como diría Borges, Enrique Gil hace un largo viaje por Europa, su *Grand Tour*, a la manera de lord Byron o Chateaubriand, a quienes tanto admira. Parte de Madrid a finales de abril de 1844 y llega a Berlín cinco meses después, el 24 de septiembre, tras haber cruzado la España mediterránea, Francia entera de Sur a Noroeste, el corazón de Bélgica y Holanda, y una gran parte de Prusia, a través del Rin.

Antes de salir, Gil promete enviar artículos al director de su último periódico, *El Laberinto*, encargo que cumple a medias con dos crónicas tardías, que serán también sus dos últimas colaboraciones en prensa, *Viaje a Francia* y *Rouen*.

Durante el viaje escribe notas, informes y cartas oficiales, y un *Diario* de agosto a septiembre, no destinado a la publicación en opinión del profesor Picoche: “Encontrado entre los papeles de Gil, mandado a España después de su muerte, publicado en 1883, se perdió el original en 1939”. Picoche considera el relato de los viajes de Gil por Europa “un conjunto heterogéneo e incompleto”, en el que nota importantes lagunas: “Gil no dice nada de su viaje de Madrid a Valencia y Barcelona, nada de su estancia de dos meses en París y nada de su estancia en Berlín”.

La lectura de las notas de viaje de Gil ha sido, en efecto, heterogénea e incompleta en los ciento setenta años transcurridos desde entonces, pero otra lectura es posible: el crítico norteamericano Samuels avala tempranamente, en 1939, la teoría de que los apuntes y notas de viaje eran materiales para la confección posterior de un libro. El biógrafo Ricardo Gullón, también lo vio

con claridad: “Considero las notas de viaje como **embrión de una obra muy ambiciosa**”; opinión que ratifica desde Puerto Rico la profesora Pamela Phillips: “Más que simplemente apuntes que esclarecen la biografía y el carácter del autor, el *Viaje a Francia, Rouen* y el *Diario de viaje* merecen ser considerados como **textos autónomos con un valor estético y de contenido propio**, que iluminan la producción literaria del Romanticismo español y que son otra huella en la literatura viajera española”.

Ω

Enrique Gil fue en su tiempo, y sigue siéndolo doscientos años después, un personaje fascinante, una de las cuatro patas de la mesa en todas aquellas facetas de la vida y la creación intelectual que toca en su breve vida, pues murió en plena juventud, con treinta años. Fue escritor (en diez años deja una producción sorprendente en poesía, crítica literaria y teatral, y novela histórica). Fue periodista: toda su obra, salvo *El Señor de Bemibre*, se publica en la prensa de la época, donde ocupa portadas, tribunas, redacta editoriales y participa intensamente del periodismo madrileño del siglo XIX. Jugó a la política, de la mano del revolucionario Espronceda; y el entonces Presidente de Gobierno, y amigo suyo desde las primeras tertulias en *El Parnasillo*, Luis González Bravo, le encarga una importante misión diplomática en Prusia. Y fue, sobre todo, un gran viajero romántico: conocía su tierra, El Bierzo, como la palma de su mano; es el primer paisajista español, como destaca Azorín, un fino cronista de viajes y costumbres, cuyos artículos siguen siendo piezas de antología.

Este Gil viajero –lector incansable, con una prodigiosa memoria fotográfica y además políglota, pues conversaba en francés y leía en inglés, cosa inusual entonces– conocía las *Orientales* de Victor Hugo, el *Voyage d’Espagne* de Gautier; *La Biblia en España*, de Borrow; los relatos de viaje por Europa de su amigo Mesonero Romanos, cuyo modelo sigue en París; los *Sketches in Spain* de Cook, sobre quien

escribe un ensayo; y sobre todo, el *Itinerario* de Chateaubriand y las *Peregrinaciones de Childe Harold* de Byron, un libro que, o bien sabía de memoria o lleva consigo en la maleta, pues cita pasajes enteros y sigue las huellas de Byron por el Rhin.

Ω

En los primeros días de 1844 (su nombramiento como secretario de legación es el 23 de febrero), el diplomático Enrique Gil recibe del Gobierno de Isabel II dos encargos: una comisión industrial y comercial con detalladas instrucciones para elaborar informes sobre el estado político de la confederación prusiana, sus leyes, estadística, agricultura, ganadería, industria, la navegación y los novedosos caminos de hierro. Un informe exhaustivo, desde luego, que Gil se toma muy en serio, en el que destaca el encargo de estudiar el Zollverein, la unión aduanera alemana, creada el 1 de enero de 1834, que fue el verdadero motor de la unificación alemana que culminó con la creación del Imperio en 1871, y que podríamos considerar un antecedente de la Unión Europea. Como luego veremos, Gil se toma muy en serio su encargo: estudia alemán intensamente antes de partir, se documenta y, de camino, visita meticulosamente todas las industrias que encuentra a su paso en Valencia, Barcelona, Lyon o París.

Pero, además, el diplomático leonés lleva una misión secreta, a la que se refiere en alguna ocasión en sus cartas a Madrid, casi en clave: sondear y favorecer el restablecimiento de relaciones diplomáticas de España con Prusia, rotas desde 1836: he de anticipar que Gil allanó de tal modo el camino que dos años después de su fatídica muerte, se produjo el nuevo intercambio de embajadores en 1848.

¿Por qué es Gil, un escritor ajeno a la carrera diplomática, la persona escogida, a quien encarga el Gobierno una misión tan delicada? Quizás haya todavía en los anticuarios de Berlín, puesto que sus enseres y pertenencias fueron vendidos en almoneda tras su muerte, algún documento secreto que podría iluminarnos, pero

permítanme que introduzca en el relato una palabra que tal vez a algunos escandalice, pero cuya realidad oculta y silenciosa no podemos ignorar: la masonería.

Posiblemente Enrique Gil no fue masón: no lo sabemos; no he encontrado ningún documento concluyente, aunque creo que el asunto aún no ha sido estudiado en profundidad; pero todos sus amigos, su círculo íntimo en el periodismo, en la literatura, en el teatro y en la política eran reconocidos masones. Lo fue públicamente el poeta Espronceda, que sufrió cárcel y exilio. Era carbonario el presidente de Gobierno que envía a Gil a Berlín, González Bravo, y también su cuñado, el famoso actor Julián Romea, quizás el amigo más íntimo de Gil. Y, por supuesto, Alcalá Galiano o Martínez de la Rosa, compañeros de redacción en distintos periódicos.

Precisamente Martínez de la Rosa, destacado masón, es el Embajador de España en París que acoge a Enrique Gil durante sus dos meses de estancia en la capital francesa y le entrega valiosas cartas de presentación que le abrirán todas las puertas. Para no extendernos en asunto que requeriría todo un ensayo histórico: cuando Gil llega a Berlín en septiembre de 1844, reina Federico Guillermo IV, conocido como “el rey romántico”, coronado en 1840 a la muerte de su padre Federico Guillermo III, herederos del primer protector de la masonería alemana, Federico II el Grande y cabeza de la masonería alemana como lo habían sido todos los Federicos anteriores. Todo esto no ha de causar escándalo, sino que era moneda corriente en la época: desde luego, pertenecer a la masonería no era motivo de vergüenza, sino más bien de orgullo, desde Kant a Jovellanos pasando por Walter Scott y Abraham Lincoln.

Casualmente, cuando Gil llega a la corte de Berlín, y al palacio de Potsdam, el Gran Chambelán no es otro que el gran humanista Alexander von Humboldt, para quien Gil lleva carta de presentación desde París, entre masones anda el juego. Humboldt no solo recibe al desconocido diplomático de inmediato, sino que se convierte en

su protector y amigo; y en los dos años siguientes, hasta la víspera de su muerte, Humboldt y Gil mantendrán una intensa, casi íntima relación.

La masonería es la clave que sostiene la bóveda de la misión diplomática de Enrique Gil en Berlín, pero os diré algo más: la masonería es también, en la sombra, la clave secreta de su magnífica novela *El Señor de Bembibre*, donde Gil cuenta a su manera la caída y destrucción de los templarios. Mal llamada «novela histórica», *El Señor de Bembibre* tiene muy poco de rigor histórico y mucho de relato del siglo XIX: Gil habla a los hermanos de la cofradía, utilizando una expresión literal que anota en su *Diario* de viaje, el 15 de agosto en Oostende, cuando en el camino a Brujas encuentra “a un diplomático de este país, persona amable que conoce muchos españoles de la cofradía”.

En realidad, podría decirse que Gil sitúa en el siglo XIV, anacrónicamente, tramas casi autobiográficas [recuérdese que la enfermedad y muerte de doña Beatriz ha sido analizada con certeza como un relato autobiográfico de la propia enfermedad del poeta: el relato de los síntomas y padecimientos se narra casi en primera persona y con conocimiento de causa].

Con conocimiento de parte, cuando Gil obsequia al rey Federico Guillermo su novela sobre los templarios, la lectura apasiona al rey romántico, que solicita un mapa donde ubicar el castillo de Bembibre y los lugares del Bierzo. Poco hubiera importado el asunto al Rey, de no ser porque él mismo, y toda su rama masónica, se consideraban continuadores de la Orden del Temple, desde los tiempos de Karl Gotthelf, barón de Hund, que importó la masonería a Alemania desde Escocia en 1751, y fundó la Estricta Observancia Templaria.

¿O es que todavía hemos de creer que Enrique Gil y Carrasco escribió sobre los templarios por ser de Ponferrada, inventando tramas y personajes que nunca existieron? Os invito a una nueva lectura de *El Señor de Bembibre* con los mismos ojos de Federico

Guillermo y de Humboldt. Y aquí me detengo.

Ω

Volvamos al viaje. A las dos misiones que llevaba, el informe oficial sobre el Zollverein y reanudar las relaciones con Prusia, Enrique añade por su cuenta y riesgo una tercera: sin faltar a su deber, el poeta viajero transforma la aventura diplomática en su personal *Odisea*, una odisea en la que Ulises nunca volverá a Ítaca.

Con 29 años recién cumplidos y tras entregar *El Señor de Bembibre* a la imprenta –por cierto, del impresor Francisco Mellado, otro amigo masón–, Gil emprende su propio *Grand Tour*. Su misión oficial en Berlín no le obligaba a visitar la fuente de Petrarca en Avignon ni acariciar las reliquias de Carlomagno, ni a analizar con mirada esclarecedora los cuadros de Rubens y *El toro* de Potter, o contemplar extasiado la fortaleza de Ehrenbreitstein, a orillas del Rhin.

Todo son excusas y rodeos: desde Madrid a París se viajaba por Hendaya, no por Marsella, y el camino hasta Berlín llevaba días, no cinco meses. Pero el joven escritor, que se sabe gravemente enfermo –lo que explica que su relato del viaje sea tan escueto y fragmentario– quiere cumplir su última voluntad: un viaje literario, histórico, artístico, pictórico, geográfico y paisajístico por el corazón de Europa.

Por su delicado estado de salud y su temprana muerte, Gil nunca llegó a escribir su *Itinerario*, como el de Chateaubriand. Al asumir la tarea de editar las obras completas de Gil, consideré que el volumen final había de ser precisamente el que Gil no pudo escribir, su *Último viaje*.

Ese volumen, que es también el último de las obras completas, que hoy tengo el honor de entregaros en este acto de homenaje a nuestro poeta, no es la reconstrucción de un libro inexistente, tarea imposible, sino la recreación del *Grand Tour* de Enrique Gil, incluidos sus primeros y últimos pasos en Berlín, a partir de los

artículos, cartas y notas del *Diario*... que hasta ahora se nos daban por separado y dispersas.

Para hilvanar un relato de viaje coherente, he ordenado cronológicamente todos los textos de Gil, incluida la correspondencia oficial, enviada y recibida, que obra en el Expediente del Ministerio de Asuntos Exteriores, intercalada en la fecha correspondiente; y he procurado esclarecer el texto con referencias, notas y pasajes que Gil menciona, y con más de un centenar de ilustraciones que ayuden al lector contemporáneo a sumergirse en el viaje romántico y acompañar de cerca a Enrique Gil en su *Grand Tour*.

Ω

Un *tour* cuya estadística es fascinante: en cinco meses Gil visita Valencia, Barcelona, Marsella, Avignon, Lyon, Fontainebleau, París, Rouen, Bruselas, Amberes, Gante, Ámsterdam, Rotterdam, La Haya, Utrecht, Dusseldorf, Colonia, Bonn, Coblenza, Kassel, Frankfurt, Hannover, Magdeburgo y Berlín.

El viajero enfermo recorre más de 4000 km por el corazón de Europa en diligencia o coche de postas, en barco de vapor por mar y en vaporetos fluviales por el Sena, el Saona y el Rhin, y estrena los novedosos caminos de hierro, sobre los que escribe asombrado al pasar a velocidad de vértigo por los novedosos túneles.

En estos cinco meses, Enrique visita sus santuarios favoritos: Petrarca, Carlomagno, Napoleón, Byron, Erasmo, Huss, Gutenberg, Beethoven; decenas de museos, cientos de cuadros de entre los que igual se rinde ante obras maestras de Memling, Rubens, Rembrandt o Van Dyck, o pone en valor la vanguardia romántica y la Escuela de Dusseldorf. Visita puertos, las dársenas napoleónicas de Amberes, exposiciones industriales, casinos, palacios, castillos, balnearios, teatros, iglesias, catedrales, bosques... nada escapa a la mirada del viajero.

Además del *Childe Harold* que marca su horizonte, a partir de París nuestro romántico sigue la Guía de John Murray (*A hand-book for travellers on the Continent*, London, 1836), un texto prodigioso del que obtiene muchísima información, en especial de museos y obras de arte, hasta tal punto que podría hacerse una lectura paralela Gil/Murray.

Ω

Las exposiciones de la industria

Además de sus inquietudes históricas y artísticas, la fuente de Petrarca o la huella de Erasmo, para cumplir con sus obligaciones como funcionario del Estado, sobre lo que Gil era muy exigente, proyectó un minucioso programa de visita a las exposiciones nacionales del momento –Barcelona, París, Berlín y Viena–, de las que estaba bien informado y a las que acomoda su ruta.

Europa asistía al despertar de la revolución industrial: en España surge en 1818 la primera compañía de diligencias, en 1836 la primera fábrica de vapor, en 1848 el ferrocarril, en 1857 el primer barco de hierro.

Desde 1789 ya se celebraban en Francia las «*expositions des produits de l'industrie française*» y pronto nacerán las *Exposiciones Universales*: la primera en Londres, en 1851 [*Great Exhibition of the Works of Industry of all Nations*], a la que seguirán la Exposición Universal de Barcelona (1888) o París (1889 y 1900).

Esta moda de las exposiciones, al calor de la efervescencia industrial, es el ambiente social y político que viven París y Berlín en 1844.

Cuando Gil llega a la capital francesa, le aguarda la novena exposición nacional de la industria, instalada durante 60 días –desde el 1 de mayo al 30 de junio– en los Campos Elíseos, que nuestro diplomático visita “muy a mi sabor –dice– durante todo el mes de junio”. Pero antes, de camino a Marsella, había visitado también la *Exposición General de Barcelona*, “para compararla más tarde con la

de los diversos estados de Alemania que debo recorrer según el tenor de las instrucciones que recibí antes de mi salida”, escribe en su segunda carta, en la que a renglón seguido explica su paso por Lyon, donde visita la fabricación de sederías.

A su llegada a París, los Campos Elíseos ofrecen un notable programa de actos culturales, el *Grand Festival de l'industrie*, en cuyo marco el compositor Berlioz dirige un histórico concierto en el *Palais de L'Exposition*. Bien se comprende que Gil ocupase su primer mes en París en recorrer una y otra vez aquellos pabellones sin perder detalle.

Más, ¿qué novedades de tanto valor observa y anota Gil en París? Según el catálogo de Halphen, a la muestra concurren nada menos que ¡3.963 expositores! Y el catálogo de productos es exhaustivo: seda, muebles, muebles de hierro, billares, orfebrería, máquinas, instrumentos de agricultura, bombas, metales, relojería, chales y tejidos de lana rústica, ropas de damasco, tapices, muselinas, productos químicos, cerámicas, porcelanas, gres, gafas, objetos de vidrio y cristal, de iluminación, lámparas, instrumentos de precisión, pieles curtidas y guarnicionería, carrocería, armas, cuchillería e instrumentos quirúrgicos, instrumentos musicales, papel pintado, alimentos, anatomía artificial, geografía, planos y mapas en relieve...

Y tres meses después, cuando llega a Berlín, el diplomático anota: “Mi llegada no puede haber sido más oportuna, porque abierta la exposición de productos de la industria nacional hasta fines del próximo mes, me será fácil apreciarla en sus resultados, compararla con la francesa que en París examiné”.

La muestra que Enrique Gil encontró en Berlín no envidiaba a la que dos meses antes había visitado a conciencia en París. Instalada en la *Zeughaus* o Arsenal viejo, la *Allgemeine Deutsche Gewerbe-Ausstellung* [Exposición general de productos industriales alemanes] convocó a 3040 expositores y recibió más de 260.000 visitas, entre ellas, la del Rey de Prusia, Guillermo Federico IV, representado en

un grabado de 1844 visitando la sala de máquinas. El acontecimiento subrayaba la apuesta del Rey romántico por la paz y el progreso: “¡Qué cambio!” –escribió el periódico *Illustrierte Zeitung* en 1844–. Los cañones dejan sitio al arado y los carros de pólvora al coche de vapor. Prusia ya no quiere vencer solo por la fuerza de las armas, reconoce la irresistible y gigantesca fuerza que hay en el pacífico poder de la industria”.

En el plan de viaje inicial, Gil había previsto visitar también la Exposición de Viena (1845), pero debido al exceso de trabajo –o desaconsejado por el enconamiento diplomático entre Viena y Berlín– decide pasar aquel verano en Berlín y así lo comunica a su superior en Madrid.

Quizás está enfrascado ya en la redacción de sus informes, desgraciadamente inacabados o desaparecidos, o sufre ya los estragos de la enfermedad. Apenas ha pasado un año en Berlín cuando viaja al balneario de Reinerz, en Silesia, de donde regresa en septiembre de 1845 con un dictamen médico que el doctor Weizel remite a su amigo Joaquín del Pino: “Tisis pulmonar de todo punto incurable; conviene ir preparando con prudencia a la madre del enfermo para su próxima muerte. ¡Quiera el cielo que al menos pueda llegar a Berlín el desgraciado!”.

Gil regresó a Berlín, y en sus comunicaciones a Madrid cuenta aquellos mismos síntomas autobiográficos que en la novela tenía doña Beatriz de Osorio, “tos violenta con esputos de sangre”, y consigue una licencia de viaje en busca de los aires benignos de la costa de Niza, que no llegará a usar. El 30 de enero de 1846 escribe al Ministerio su última carta dando cuenta de que ha entregado al barón de Humboldt el pliego con el nombramiento de la Gran Cruz de Carlos III y añade: “Humboldt tuvo la bondad de venir a mi casa, imposibilitado yo de pasar por la suya. Desgraciadamente mi salud ha empeorado con el invierno y me hallo reducido a un estado de debilidad grandísima”.

Apenas veinte días después, el 22 de febrero de 1846, Gil fallece en su casa de Berlín, a la edad de treinta años.

En verdad, su odisea había sido su *último viaje*: no fue El Bierzo su patria chica o grande, no había ninguna Penélope, ni siquiera una doña Beatriz, esperándole en el castillo de Ponferrada, ni un Telémaco que lo recibiera, no hubo criado ni perro fiel que lo reconocieran. Su verdadera Ítaca fue Berlín.

Como en el poema de Kavafis, fue Berlín la que le regaló tan largo viaje, fue Berlín la que le hizo más sabio y generoso; fue la ciudad que nunca duerme la que le mostró su destino –todos y cada uno de nosotros tenemos el nuestro–; el suyo estaba escrito en las arenas de la playa de Oostende, donde ve por primera vez el Atlántico y saborea su soledad frente al mar; en las orillas del Sena que ve desde el tren; en las naves de la catedral de Rouen, donde siente con el corazón encogido que ha perdido la fe religiosa, la fe de su niñez, para siempre; en los viñedos y castillos del Rin, identificado con los versos de Byron; en los mesones y posadas donde comparte el pan y el vino; en la música callejera, en los viajeros ingleses que promete visitar si algún día va a Londres..., en el balneario del Kursaal de Wiesbaden, en la catedral de Colonia; o cuando medita en Frankfurt, extasiado ante la estatua de mármol blanco de Ariadna: de nuevo y siempre extraviado en la soledad que le acompaña durante todo el viaje, perdidas la fe y la esperanza, perdido él mismo en su íntimo laberinto: el poeta herido, el bardo en la niebla.

Todo lo que ve, escucha y siente construye un viaje interior: Enrique Gil se despide de la vida viajando hacia la muerte, conscientemente.

Ya no es el mejor crítico teatral de Madrid, ni el poeta lírico que cantaba a la violeta; hace tiempo que ha dejado atrás al funcionario de la Biblioteca Nacional, al amigo de los revolucionarios, y también al diplomático con riguroso sentido de Estado.

Es un hombre joven solo ante la muerte: no la rehúye ni la esquiva, espera a “la virgen misteriosa de los últimos amores” paseando entre las tumbas del bellissimo cementerio de Frankfurt donde –escribe Suárez Roca– “se le amontonan los cadáveres en su corazón errante”.

En su último viaje, Enrique añora con frecuencia los paisajes del Bierzo, el valle de Magadán o la catedral de León; las matracas de los oficios y los cánticos religiosos en la catedral de Rouen y los valles del Rhin, todo le recuerda su infancia; pero él sabe que no volverá nunca al Bierzo porque en su corazón habita una nueva Ítaca: Berlín.

Muchas gracias.